

Apéndice

La relevancia económica y política del enfoque de los bienes comunes¹

*Ángel Calle Collado**

Bienes comunes y ciclos de movilización

Los bienes comunes son hoy una herramienta que es mirada con curiosidad por quienes, frente a la crisis civilizatoria, pensamos que puede ayudar a plantear otras referencias de economía, otras instituciones sociales, otros lazos algo más humanos.² Elinor Ostrom obtenía el Premio Nobel de Economía en 2009 por sus contribuciones, entre otros aspectos, al análisis económico institucional, reflejados en su famoso texto sobre *El gobierno de los comunes*. Analizando experiencias de todo el mundo, nos invitaba a recordar, más bien lo hacía a los apóstoles del neoliberalismo, que existen experiencias de manejo sustentables más allá del Estado y el mercado capitalistas. De hecho, estas experiencias son y han sido la base de sustentabilidad social y ambiental de muchos territorios. La economía se hace a través de instituciones sociales, como hoy el neoliberalismo se hace desde la Unión Europea, la Organización Mundial del Comercio y el Fondo Monetario Internacional, además de entornos educativos, publicitarios y de investigación para las élites. Y en concreto, respondiendo al trabajo de Hardin de 1968 «La tragedia de los comunes», Ostrom demostraba que el mundo está plagado de experiencias exitosas (en clave de reproducción de recursos y bienestar)

* Universidad de Córdoba. Comunaria.net.

donde manejos comunitarios han podido solucionar conflictos, asegurar el acceso a un bien compartido (pesca, montes, agua, tierra) y redistribuirlo según criterios variables de solidaridad.

Las formas de reproducción capitalistas contemplan la desposesión, la explotación, la distribución desigual de recursos o el acceso a ellos y, sobre todo en la *era del consumo*, la promoción de un entorno que, apartando la vida del centro de las sociedades, legitime su posición destacada como sistema económico en los imaginarios y hábitos culturales de la población.³ Gran parte de estas dinámicas tienen y han tenido lugar a través de herramientas y dispositivos de poder basados en *cercamientos* (apropiaciones, desposesiones o limitaciones privativas) de bienes comunes o de lazos sociales que nos permiten la cooperación «desde abajo» y «hacia las de abajo». Son cercamientos concretos que, sin embargo, se instauran mediante marcos institucionales generales para la población (estatales, legislativos, educativos, sobre investigación y conocimiento, a través de políticas públicas, etc.). Estos marcos son de marcada naturaleza internacional a partir de la construcción de una mundialización comercial y financiera por parte de corporaciones transnacionales. Hoy en día, la Organización Mundial del Comercio promueve patentes de semillas en lugar de potenciar la riqueza de la biodiversidad cultivada que ha venido posibilitando la alimentación del mundo. El Fondo Monetario Internacional alienta privatizaciones en recursos como el agua, los montes o en el acceso a la salud o a la educación. Grandes centros de comerciales se asientan como lugar de relación o de construcción de referencias y jerarquías sociales a través del consumismo. Facebook o Youtube o Google se alzan como herramientas «comerciales» que median nuestras interacciones. Todo ello de forma autoritaria, sin contar con la legitimación social, sin establecer pactos o compensaciones, imponiendo doctrinas neoliberales a través de medios de comunicación o en las escuelas. De esta manera, los sucesivos cercamientos del capitalismo, y de prácticas autoritarias e insustentables que resuenan en él, están lejos de proponer libertad y conseguir bienestar para el mundo.

Todo ello ha incentivado retomar perspectivas de anclaje sociocomunitario y de perspectiva cooperativista: se buscan nuevas miradas y nuevas instituciones que valoricen el protagonismo social, los saberes más localizados y lógicas más inclusivas y menos depredadoras. Bajo el paraguas de bienes comunes, simplemente comunes (bienes compartidos, *commons*), procomunes (modelos de gestión sociocomunitaria) o instituciones del bien común vienen apareciendo reflexiones y prácticas que se ven reflejadas en esa cooperación orientada a la reproducción de

la naturaleza y de bienes sociales indispensables para dicha cooperación. No hay semilla local si no hay saber asociado que lo cultive, no hay democratización de la política si no lo hay del conocimiento y de las tecnologías que le sirven de reproducción, no hay sustentabilidad ambiental si no hay prácticas que relocalicen nuestras formas de consumo, etc. Las economías para los bienes comunes serían una expresión desde lo económico, de las búsquedas de una intensificación de la democracia y un afán de sustentabilidad en nuestras prácticas y valores para potenciar lo común (bienestar) y los comunes (medios). Iniciativas que se entrelazan con otras desde campos muy diversos como: cultura, urbanismo, bienes digitales, salud, derechos colectivos, nuevas tecnologías de la comunicación, mercados, comunidades rurales y urbanas, etc.⁴ La producción de software libre, la creación de conocimiento compartido en Internet, las luchas sociales por el control social y comunitario del agua o de los montes, el auge en la construcción de formas de producción y consumo cooperativas y de acento local, el desarrollo de espacios sociales destinados a la autogestión, las propuestas de cogestión en materia de salud o educación por parte de las comunidades beneficiarias de estos servicios, entre otras, son ejemplos de esas innovaciones económicas y políticas marcadas por el cooperativismo y la relocalización de los satisfactores de nuestras necesidades humanas. Se rescata el trabajo de Ostrom, pero esta vez poniendo el acento en los manejos cooperativos para democratizar y reproducir bienes, sean sociales o ambientales, más que en desarrollar comunidades cerradas (hoy muy abiertas y atravesadas por múltiples identidades para la gestión de determinados recursos) que satisfagan todas nuestras necesidades.

El enfoque de este texto se apoya, principalmente, en la antropología económica: ¿qué está haciendo colectivamente la gente para construir otros mundos desde la perspectiva amplia de los bienes comunes (ambientales y cooperativos)? Mirada que se complementa con la ecología y la economía política: las élites organizan el mundo, y nuestro mundo biológico y simbólico, para su beneficio y de forma irresponsable para todas las personas. Y donde no podía faltar una visión de los comunes fuertemente entrelazada al devenir de las culturas políticas que están protestando en las calles de forma paralela a la construcción de otras relaciones económicas. Los ciclos de movilización social nos ayudan a entender la presencia y las propuestas de otras economías. La crítica del capitalismo actual no puede entenderse sin los aportes y las construcciones realizadas por el movimiento obrero, el feminista o el ecologista. En este sentido, y por realizar una introducción sucinta, el enfoque de este trabajo (y de las experiencias que se analizan en él) se correspondería

con una tercera ola de construcción de bienes comunes en el marco de los distintos referentes históricos, asociados en gran medida a las olas de protesta frente a las crisis provocadas por el capitalismo:

- i. Enfoque inicial de los comunes como recursos de una comunidad, generalmente naturales pero constituyendo la base de circulaciones económicas y políticas de mayor escala. Primeros cercamientos del capitalismo, a los que luego se añadirían una crítica sobre cercamientos sobre cuidados, cuerpos, espacios de socialización. Períodos de acumulación que tendrían su expresión más notable en los procesos descritos por Karl Polanyi (*El sustento del hombre*) cuando campesinos o productores artesanos son excluidos del acceso a recursos ambientales fundamentales para sus economías (tierras de labranza, pastos, agua, bancos pesqueros cercanos a las costas, etc.).
- ii. Bienes comunes concebidos más allá de un territorio concreto en el que se desarrollan las relaciones económicas de una comunidad. Hablamos del planeta y de subsiguientes períodos capitalistas donde se amplían los cierres a espacios masivos y de interconexión del sistema-mundo. Se potencian a partir de los ochenta con el despeje de la ola neoliberal y la llamada globalización: de la revolución verde vamos pasando a los sistemas agroalimentarios con base en imperios económico-financieros de fuerte impulso en las biotecnologías; puntos de gran biodiversidad en el planeta son materia de codicia de empresas, en particular de farmacéuticas; la disputa por recursos globales, particularmente energéticos pero también el agua comienza a ser motor de la geoestrategia de las grandes potencias dando lugar a guerras en África central, oriente medio o a grandes desplazamientos violentos en India o América Latina; el propio espacio exterior queda apropiado para fines no discutidos socialmente y de interés de las grandes empresas de telecomunicación. Como actores destacados, contaríamos con el movimiento obrero más clásico y sus propuestas cooperativistas, pero también el mundo rural e indígena que plantea nuevas cuestiones y nuevas formas de autogobierno en el territorio.
- iii. Y, finalmente, una etapa que se superpone a las anteriores, las cuales no desaparecen, y que, en el marco de una globalización financiera asentada y fuertemente contestada desde inicios del siglo XXI, nos hablan de la emergencia de los nuevos movimientos globales y su crítica sobre el control de bienes cooperativos (espacios, lazos y tecnologías para la socialización y la reproducción social);

y que cuentan con una mayor presencia del ecologismo político en sus planteamientos. Ocupar las calles, producir cooperación en Internet, politizar extensamente el consumo o la invisibilización de los cuidados que sostienen otras economías, proponer soberanías alimentarias o estrategias de decrecimiento para garantizar la reproducción democrática de bienes ambientales, alimentar un cooperativismo más allá de las estructuras formales del Estado y la economía capitalista, entre otras iniciativas, son ejemplos de la percepción de que los cierres se han proyectado ampliamente sobre lo social y sobre las bases de nuestra vida.

Existe, pues, una asociación entre politización creciente de los bienes comunes y el surgimiento de nuevos ciclos de movilización y de entender la propia política.⁵ Hecho que permea también los análisis y la literatura que aborda el problema de los bienes comunes. De la primera visión proveniente de una economía institucional o de una antropología económica (Ostrom, el propio Polanyi anteriormente), encontramos a principios del siglo XXI referencias sobre una segunda fase de cercamientos⁶ o de apropiación de recursos a escala planetaria.⁷ De esta evolución se asientan hoy tres grandes líneas de aproximación a los bienes comunes, las cuales considero muy relevantes para comprender e impulsar nuevas prácticas «desde abajo» en lo económico y en lo social:

- Las miradas comunitarias desde la Economía institucional, incluyendo visiones derivadas del marxismo, más en clave de economía política.⁸ Ostrom se establece como referente, pero también situaría aquí a toda la antropología económica que ha estudiado las formas tradicionales de economía solidaria ancladas en relaciones de «alta sociabilidad»,⁹ clásicos que introdujeron sus reflexiones sobre economías asentadas en el don o el regalo (Malinowski), el potlach (Mauss) o la reciprocidad y el intercambio solidario (Polanyi).
- Bienes comunes percibidos desde la economía política o práctica para describir, fundamentalmente, la ampliación de cercamientos del capitalismo. Como autores referentes tendríamos la obra de Marx, Polanyi y en la actualidad el geógrafo David Harvey o aquellos que se sitúan detrás de la idea de procomún como rectora de nuevas instituciones (Lafuente, Bollier), con énfasis en la autonomía política derivada de ellas (Hardt, Negri). Se anclan aquí perspectivas de extender esta práctica de cercamientos a lo que hoy observamos

en el terreno de los bienes digitales, habida cuenta de que Internet es hoy una esfera de comunicación y de conflicto político.¹⁰

- Economías para la vida. Lo común no es solo un recurso: es la existencia y la búsqueda de bienestar, individual y colectivo. Constituyen su sustrato las perspectivas de las economías de los cuidados (ecofeminismos o feminismos de la ruptura) o las ideas que se aproximan al post-desarrollo (decrecimiento, buen vivir, desarrollo endógeno sustentable o a escala humana, etc.).

Estas miradas están correlacionadas con los saltos cualitativos, provocados por la movilización social, en la visión y prácticas de economías sociales. El enfoque de economías para la vida no puede entenderse sin el aporte histórico del feminismo. Pero tampoco sin un presente marcado por la crítica a la mundialización capitalista («el mundo no es una mercancía») y el despegue de los nuevos movimientos globales.¹¹ Estas redes críticas, de presencia e intercambios planetarios, entran a politizar globalmente las esferas de participación (crítica de la «política del o» o excluyente) y a plantear demandas globales, se refieran al planeta, a la radicalización de la democracia en nuestras sociedades, a la satisfacción de necesidades «desde abajo». Su mirada y su hacer local se asienta en una cultura que he denominado la *política del y* («los rebeldes se buscan» que dicen en Chiapas). La *política del y* se apoya en la agregación de sujetos desde la diversidad para desarrollar procesos orientados, en principio, hacia una radicalización de la democracia. No es, no absolutamente, una nueva cultura política. Pero sí se distancia de la *política del o*, basada en proyectos identitarios fuertes, más propia del movimiento obrero pero también presente en las corrientes de protesta surgida en los sesenta y los setenta que enfatizaron la autonomía o la diversidad de luchas sociales.

Los nuevos movimientos globales plantean una reflexión más integral y ampliada de lo que entendemos por territorio y cooperación social. Territorio que se amplía desde el ambiente natural (la base ecológica) hacia los ambientes transformados (el hardware construido) merced al entrelazamiento con nuestros ambientes sociales (el software de ideas, valores y costumbres). Tres territorios en cada territorio, siendo la condicionalidad última la del propio ecosistema, por mucho que nos neguemos a recuperar la conciencia de especie. Y cooperación que tiene en el bienestar y el protagonismo social sus referentes. No se trata de una cooperación como la que acontece en la mesa de directivos de Repsol o del Banco de Santander, por tanto. Y entiende que se deben reproducir y ampliar las esferas que permiten de la misma manera cooperar al resto.

Podríamos ampliar estas nuevas visiones de los bienes comunes con la línea, más mediática que con profundidad teórica o práctica, que inaugura el libro de C. Felber *La economía del bien común*. Su auge mediático lo ha hecho un libro de referencia para organizaciones sociales (Attac por ejemplo) y para personas de la academia interesadas en construir puentes hacia otras economías, más «sociales». Sin embargo, considero que dice poco sobre «bienes comunes», a pesar del título del texto. A grandes rasgos podemos afirmar que la línea de C. Felber se asienta en la lógica liberal de los mercados autorregulados, la falacia que criticara en su momento Karl Polanyi. Las instituciones trascienden los mercados y son trascendidas por los conflictos que se dan en la sociedad, por motivos de clase económica, género, religión, edad, cultura, país de procedencia, etc. Algo no reflejado por Felber, quien también presta escasa atención al significado institucional de los trabajos de Ostrom como galvanizadora de una mirada económica centrada en la autorregulación, pero social, no de mercado. En el lado positivo, Felber se desmarca de economicismos como la teoría del egoísmo y apuesta por la solidaridad y la cooperación dentro del mercado para construir un capitalismo, pretendidamente autorregulado, cuyos incentivos sean la sustentabilidad. Y apunta formas de control social de la propiedad y del establecimiento de oligopolios de mercado. Pero sigue apostando por el beneficio como motor social (a través del precio y de un consumo «ético») y proponiendo un plan cerrado de actuación desde arriba y desde lo que hay, reforzando modos de integración capitalistas.

Las economías para los bienes comunes: sustentabilidad y democracia frente a los nuevos cercamientos

En la actualidad, desde la hibridación de los anteriores referentes, los bienes comunes se ofrecen como herramienta para analizar, por un lado, cercamientos de las élites sobre bienes ambientales y relacionales; y por el otro lado, nos invita a proponer formas de manejo y (nuevas) instituciones sociales para reproducir y extender dichos bienes. De ahí su auge y su capacidad de invitarnos a pensar las *transiciones inaplazables*: revoluciones energéticas y ambientales que fuercen cambios político-culturales, y viceversa. De ahí, también, sus límites, al proponer un paradigma que abarca muchas realidades y que aún tiene que enfrentarse a su articulación con «viejos paradigmas» (derechos asentados en los Estados, política del «o»), a la necesidad de dar respuestas a diferentes escalas que vayan más allá de la autogestión (e

incluso de la cogestión con políticas públicas) y a la urgencia de los tiempos que demandan un planeta «lleno» de cosas, afectado por un «vuelco climático», y adentrándose en una era «post-fósil». Pero aún así, los bienes comunes están inspirando entrelazamientos de miradas y prácticas entre formas de economías que apuntan a lo solidario (inclusivas), el cuidado socioambiental (somos interdependientes), a formas de consumo colaborativo (de carácter no consumista y sí capaz de compartir lo existente), a la vez que se vincula con el cooperativismo formal (que se orienta a la democratización crítica de la sociedad) y a los tradicionales manejos comunales (base de la propuesta de activar comportamientos y espacios cooperativos para manejar bienes sin apropiarse de ellos).

Los cercamientos del capitalismo, por tanto, generan conflictos sobre qué situamos en el centro de la vida y qué entendemos por ella. Como señalara el filósofo Habermas, el dinero intenta colonizar la vida; la economía convencional nos impone la sustitución de vínculos por el sistema autorreferencial de valores monetarios, como expresa José Manuel Naredo.¹² Convertimos recursos naturales en calor, mientras la economía sigue proyectando crecimientos infinitos, movimientos incessantes de energía, exploraciones cada vez más profundas y contaminantes de bienes fósiles. Allí naufragamos.

Hoy los naufragios «se democratizan», siguiendo el diagnóstico de la sociedad del riesgo, de Ulrich Beck. Aunque se trata más bien de una generalización de expolios de consecuencias mundiales pero favorable a las élites. Los bienes comunes que son depredados constituyen el asiento de nuestros ecosistemas, como el agua, la tierra fértil o las variedades autóctonas, son la base material de nuestra biodiversidad.¹³ La sociedad del riesgo se extiende.¹⁴ Capital y vida entran abiertamente en contradicción, hablemos de crisis de cuidados,¹⁵ o pensemos en el gran vuelco climático que se avecina.¹⁶ Nuestros hogares se vuelven inestables, nos llenan de incertidumbre, se corroen los vínculos esenciales para la cooperación.¹⁷

Pero no todo se «democratiza». La *Encuesta de uso del tiempo* realizada en 2009 muestra que en los hogares del Estado español la crisis ha intensificado (a través de los recortes en servicios públicos, del incremento de desigualdades de género) la doble carga de las mujeres.¹⁸ De nuevo es difundido e impuesto el rol de mujer-madre, mujer-para-el-hogar. Un nuevo cercamiento global de cuerpos, hogares y mujeres viene a retomar el cercamiento primitivo que realizara el capitalismo en sus albores medievales, para reforzar hoy un ciclo de acumulación al servicio de las élites.¹⁹

En ámbitos relacionales, Internet comienza infelizmente a parecerse al mundo real en materia de control y libertades.²⁰ Surgen industrias culturales que inspiran nuevos cercamientos en el campo simbólico, del ocio, de la producción artística.²¹ La tragedia del *copyright* se amplifica. Facebook se parece más a una pecera comercial, aunque posibilite que puedan correr como la pólvora otros gritos, otras convocatorias. La plaza real se impone, al final, como testimonio social del alcance del descontento, de la magnitud de las protestas, Internet calienta pero no quema por sí mismo.²²

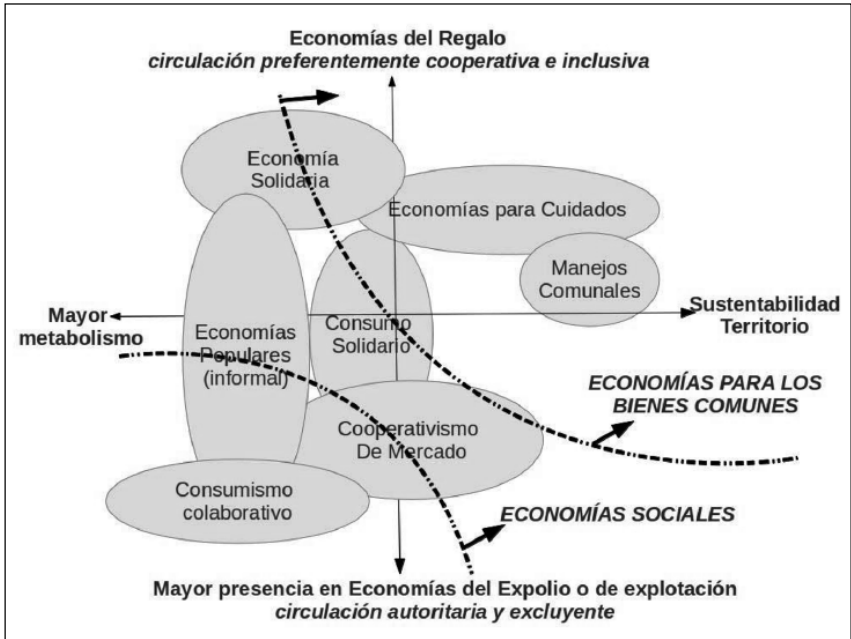
En una mirada Centro-Periferia, sea Norte-Sur, Oeste-Este o países del norte versus países mediterráneos, observamos cómo la acumulación tecnológica, de recursos ambientales y de «capital humano» puede verse como un nuevo cercamiento global. Las deudas externas o los tratados comerciales internacionales actúan como disparador de estos nuevos procesos de acumulación (Plataforma Auditoría Ciudadana de la Deuda 2013). En el plano mundial, los territorios se conquistan y controlan a base de poder financiero que hace desplazar biomasa, materia y energía a velocidades e intensidades nunca antes conocidas.²³ A escala más local, las ciudades se rediseñan para acoger funciones determinadas por los intereses de las élites: aquí el descanso según clase socioeconómica, allá el ocio, en el centro o donde convenga el desarrollo turístico, etc. Habitamos, trabajamos y circulamos por espacios según lógicas de zonificación que se expanden desde Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial.²⁴

Esta política de nuevos cercamientos es la que abre paso a problematizar (de nuevo) la cuestión social más allá del Estado y el mercado,²⁵ sin que eso suponga que dicha perspectiva «resuelva» problemas (globales y globalizados) que tienen que ver con escalas, complejidades y necesidades de autoridades democráticas más allá de los espacios locales y comunitarios.²⁶ La *transición inaplazable* (ambiental, sociopolítica, tecno-económica) nos sitúa en la necesidad de abordar los conflictos políticos desde la interconexión entre: los límites energético-materiales del planeta con respecto al metabolismo capitalista; las revoluciones tecnológicas (emergentes o condicionadas por el vuelco climático y la menor disponibilidad de ciertos recursos); y las revoluciones sociales derivadas de la creciente desafección política hacia las democracias autoritarias.²⁷

En este contexto, de conflicto, de cambios inaplazables y de emergencias de nuevos cooperativismos sociales es donde las economías para los bienes comunes situarán sus interrogantes, sus formas de hacer, sus procesos. Y lo hacen haciendo uso implícito y explícito del concepto

de bienes comunes. Las economías para los bienes comunes tienen pues muchas expresiones y miradas económicas que parten de una visión transformadora de la economía social,²⁸ pero intensifican sus estrategias de cooperación y sostenibilidad sobre la base de un territorio (ambiental y comunitario) concreto. ¿Y de qué economías sociales hablamos como posibles precursoras de estas economías para los bienes comunes? Como tipologías ideales, siempre entrecruzadas y que han de contextualizarse para obtener su sentido real, planteamos como *ramas básicas del árbol de la economía social* las siguientes iniciativas: las cooperativas de mercado, las economías populares, las economías solidarias y de cuidados, el consumo colaborativo (en clave solidaria) y los manejos comunales del territorio. Gran parte de estas iniciativas apuntan a lo que entendemos como *economías para los bienes comunes*, como resume el siguiente gráfico.

Gráfico Ap-1. Prácticas dentro de la economía social y de las economías para los bienes comunes según dimensiones de reciprocidad y sustentabilidad



Dichas economías para los bienes comunes tienen en el cooperativismo (social, laboral) su asiento, con vistas a promover una democratización de nuestras sociedades de forma sustentable. En particular, sitúo en esta perspectiva aquellas iniciativas económicas que buscan poner a disposición de la sociedad bienes ambientales y cooperativos, desde unas lógicas de sustentabilidad ecológica y democratización tanto internas (en la organización del proceso económico) como externas (en la forma en que proponen integrarse o abrirse a la sociedad). Lógicas encuadrables en economías del lugar,²⁹ en territorios que constituyen ambiental y socialmente su anclaje y su estrategia de reproducción. Estrategia que ha de contemplarse no solo desde el punto de vista de cerrar circuitos materiales y energéticos, para ganar autonomía y resiliencia en sistemas más amplios,³⁰ sino también desde la búsqueda de redes afines dentro de lógicas comunales (más cercanas a manejos tradicionales de los bienes comunes) y de lógicas de nuevo cooperativismo social (más cercanas a los nuevos sujetos políticos).

Las economías para los bienes comunes, por tanto, suponen una actividad socioeconómica que nos habla, explícitamente, de un nuevo y ampliado sentido del *trabajo*, de la *democracia* y de las aportaciones de *bienes ambientales* y *cooperativos* al conjunto de la sociedad. En materia de *trabajo* se mueven en clave de facilitar un marco de nuevas relaciones laborales, aunque no siempre se consiga (o se persiga) salir de ellas. El empleo formal y la cotización a las arcas del Estado, como agente que redistribuye y garantiza unos mínimos de protección frente a la precariedad, suele considerarse deseable (no siempre) para la existencia de un núcleo dinamizador. Las relaciones cooperativistas hacen que el empleo se inserte en lógicas más horizontales con respecto al establecimiento de condiciones salariales, lo que no evita que surjan empleos más próximos a la precariedad que a la estabilidad. El trabajo también se extiende como motor de la iniciativa a través de las redes de productores y consumidores: artesanos locales, socios de la cooperativa energética, consumidores que se vuelven productores y viceversa, forman parte del cuadro de la economía real que inducen en el territorio estas organizaciones sociales. El trabajo, por último, aparece en ocasiones como voluntariado, incluso como «militancia» según me manifestaba una participante en cubrir horas de servicio en un mercado social. Trabajo entendido como actividad. Pero también trabajo no remunerado y que, en ausencia de que la cooperativa facilite bienes o cubra necesidades materiales (vivienda o comida, por ejemplo) supone la obligatoriedad de redoblar esfuerzos o de conseguir insumos desde otros espacios. Por lo general, se rechaza el apoyo institucional o

económico del Estado o del mercado convencional como dinámica de situarse más allá de estos. En algunos casos, el voluntariado constituye parte del acuerdo para ser integrante de la actividad: consumidores que aportan horas al trabajo de comercialización o producción de productos; comisiones de integrantes destinadas a evaluar proyectos y su viabilidad financiera; colaboradores necesarios para la puesta en práctica de una actividad cultural; sostenimiento de la difusión o de tareas de formación al interior del proyecto; etc.

La segunda cuestión tiene que ver con las *relaciones democráticas* que se tejen dentro y fuera de la actividad económica. Objetivos y medios en materia de participación o relaciones externas con otros actores sociales y políticos del territorio constituyen puntos del orden del día en asambleas y comisiones. La apertura a admitir nuevos integrantes y las posibilidades de participar de diversa forma son señas de identidad que lo diferencian del cooperativismo clásico y de los sujetos políticos más próximos al aparato institucional estatal. Asimismo, no son ajenas las actividades que tienen la intención de sumarse a críticas sociales en defensa de estos bienes comunes. Ello conduce a campañas y a discursos permeados por ese ideal de democratización extensa de la sociedad, así como la construcción de relaciones más sustentables con la naturaleza. Por ejemplo Güifi.net es un operador de telecomunicaciones que se define como un «proyecto colaborativo organizado horizontalmente que aglutina a personas individuales, colectivos, empresas, administraciones y universidades». La Tejedora es un mercado social en Córdoba que busca que productores y consumidores dinamicen, no solo una red de intercambio local, artesanal y ecológica, sino también una democratización de los espacios para relacionarse en la ciudad, para comercializar o realizar actividades culturales. Las monedas sociales o iniciativas como *goteo.org* también forman parte de esas prácticas atentas a instalar un control comunitario de nuestras formas de intercambio y de financiación. A ellas se unen formas más tradicionales como las cooperativas agroecológicas o la defensa de manejos comunales en montes o bancos pesqueros allí donde pervivieran.

El tercer aspecto que caracteriza estas economías para los bienes comunes, y que quizás constituye el rasgo más característico dentro de las economías sociales, es su explícita tarea de reproducir y *poner a disposición social bienes ambientales y bienes cooperativos*. Se trata de un sentido de acción colectiva que se opone a los movimientos de «cierre» que se dan en el capitalismo; o que trata de enfrentar las estrategias de dominación dentro de estructuras patriarcales o neocolonialistas. Los anteriores ejemplos son ilustrativos de ese actuar para romper cercamien-

tos y reproducir bienes (ambientales, de cooperación, de conocimiento) de manera que, lejos de agotarse, queden más y mejor disponibles bajo criterios de justicia social.

Las economías para los bienes comunes ofrecen nuevos satisfactores que nos conducen a un nuevo metabolismo, por un lado, más armónico y consciente con respecto a nuestros límites ambientales. Y, por otro lado, sus principios y modos de integración en la sociedad trascienden la mera circulación de bienes y servicios más ecológicos. En efecto, también circulan o pasan a circular en la sociedad un nuevo software relacional (valores y actitudes que enfatizan la solidaridad y la cohesión territorial) y un nuevo hardware socioambiental (satisfactores, redes y espacios de cooperación).

Las economías para los bienes comunes son, potencialmente, embriones de una nueva sociedad. No por sí mismas. Y es que los primeros pasos para una transición humana se están sirviendo en una mesa de cuatro patas: la intervención en las instituciones políticas, en distintos planos, pero asentándose en un municipalismo democrático; la construcción de un nuevo sindicalismo que frene y regule las relaciones que el capital impone actualmente; el desarrollo de articulaciones entre las mareas de protesta que beben del protagonismo social en contra de la agenda neoliberal; y, finalmente, estas economías sociales y sustentables que democratizan a la par que hagan más habitable el planeta y los espacios de socialización.³¹ Pero sí son importantes por dos razones. La primera: crean y animan a pensar otras economías. La segunda: al asentarse en reciprocidades, territorios concretos y proponer vínculos de proximidad (sin excluir el autogobierno de otros vínculos más globales) crean «más sociedad que la economía de la redistribución (más propia del Estado) y del intercambio (típica del mercado)».³²

Las cuestiones pendientes, relativas a obstáculos y límites de estas iniciativas, y que habrán de abordar en el futuro estas iniciativas enfocadas a una promoción de bienes comunes en sentido amplio (ambientales y cooperativos), tienen que ver con:

- la problematización del trabajo y su relación con el capitalismo existente, no sea que estas iniciativas sean «agujeros negros» que nos devuelvan a la galaxia de los (pocos) acomodados y las (mayorías) excluidas, o una visión del trabajo que eluda e invisibilice las economías de los cuidados o las depredaciones ambientales y sociales en otros territorios;
- los límites de escala, para que dichas experiencias no se conviertan en «islitas», de élites o de proyectos cerrados, presas fáciles de una

convivencia subalterna con un capitalismo depredador, como ocurre con muchos procesos cooperativos que trabajan en Internet para las grandes empresas transnacionales de la comunicación;

- la construcción de otras culturas de participación y de relación dialógicas (procesos desde abajo) ancladas en la horizontalidad y la autogestión de nuestras iniciativas sociales, que puedan navegar también en ambientes de co-gestión de otras iniciativas sociales más grandes o de políticas públicas;
- la capacidad de producir para ser y para satisfacer nuestras necesidades humanas, que no conviertan estas experiencias en meras «estufitas» (que calientan y producen sociabilidad para minorías) dentro de un capitalismo etiquetado como «del bien común», un capitalismo verde con un buen marketing social, anclado, sin embargo, en la eliminación de instituciones sociales que permitan la gestión democrática de la economía, y que insistan, por el contrario, en la reproducción de valores monetarios y mercantiles, de jerarquías y de insustentabilidades;
- la reconstrucción de lazos sociales, e incluso las redes sociocomunitarias, sin incorporar dinámicas de control por una minoría, de aislamiento, de jerarquización o de exclusión (por condición socioeconómica, género, cultural); el reto no es construir una sociedad de tribus, donde cada individuo es responsable la búsqueda de su comunidad, si no aumentar el empuje social del cooperativismo y de la radicalización de la democracia;
- y, finalmente, reforzar su capacidad para promover una transición humana que tenga en cuenta los viejos satisfactores asumidos por la sociedad (anclados en derechos sociales, políticas públicas), la necesidad de reformas urgentes (transición energética, solidaridad ante la creciente exclusión) y haga de la diversidad una fuerza creativa «desde abajo» para cambiar globalmente, sin hacer aún más líquidas y fragmentadas las alternativas contemporáneas: los retos de la *política del y*, en definitiva.

Conviene subrayar entonces que algunas de las iniciativas que se situarían bajo el rubro extendido (y deformado en muchos casos) de «economía social», aun partiendo de estrategias de cooperación y de protagonismo social, se insertan en polos competitivos y depredadores bajo lógicas capitalistas. Tal es el caso de cooperativas mercantiles (como mera «fórmula jurídica empresarial»). O el consumismo colaborativo (acceso a bienes de consumo por parte de una élite que se articula en red) que se distinguiría de un consumo solidario que busca cambiar

relaciones o permitir accesos a un bien por parte de todo el mundo. No siempre, por tanto, bajo el concepto de cooperativismo e incluso de bien común se nos proponen una democratización extensa de las relaciones económicas, de la satisfacción de nuestras necesidades básicas. Si no, más bien, se construyen nuevos «nichos de mercado» o de «organización empresarial» adaptados a las demandas de mayor autonomía o a las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías.

Por ahora, gran parte de las iniciativas y miradas tejidas alrededor de los bienes comunes construyen en dirección opuesta a las lógicas depredadoras del capitalismo global y el Estado autoritario, seguidor y fiel legitimador de las agendas neoliberales. Desde este paradigma, más allá del Estado y del mercado, pero más acá de las necesidades humanas y las bases de la sustentabilidad fuerte y la cooperación social, se siembran innovaciones para evitar una transición dolorosa (excluyente, con nuevos cercamientos para una élite) y avanzar en una transición humana (inclusiva, radicalmente democrática). En concreto, nos sirve para adentrarnos en alternativas a través de la visibilización de cercamientos de manera más amplia por parte de las élites, la necesidad de trascender las lógicas neoliberales de privatización, la utilidad de explorar encuentros entre cogestiones (derechos de ciudadanía propiciados por instituciones públicas) y autogestiones (cultivos sociales para satisfacer necesidades humanas). Todo ello con el objetivo de retomar una consciencia de especie y de solidaridad, como fuente de bienestar. Explorando caminos hasta ahora vetados por los leviatanes autoritarios a los que invocara Hardin, y que, como analizara Ostrom, estarán más caracterizados por la relocalización y el cooperativismo a la hora de entendernos, de entrelazarnos y de hacer uso solidariamente de los recursos (¡bienes comunes!) de este planeta.

viembre de 2013, p. A2; Noam Scheiber, «Hillary's Nightmare? A Democratic Party That Realizes Its Soul Lies with Elizabeth Warren», *The New Republic*, 10 de noviembre de 2013; Patricia Moccia, ed., *The State of the World's Children 2007: Women and Children—The Double Dividend of Gender Equity* (Nueva York: United Nations, 2007); Bryce Covert, «Number of Women CEOs at Major Companies Jumps by 4 Percent», *ThinkProgress*, 8 de julio de 2013, en <http://thinkprogress.org>; Catalyst, «Catalyst 2013 Census of Fortune 500: Still No Progress After Years of No Progress», 10 de diciembre de 2013, en www.catalyst.org; página Web de The Quota Project, www.quotaproject.org; Robert Engelman, *State of World Population 2009: Facing a Changing World—Women, Population and Climate* (Nueva York: United Nations, 2009). Gráfico 22–1 de Inter-Parliamentary Union, «Women in National Parliaments», en www.ipu.org/wmn-e/classif-arc.htm.

4. Cuadro 22–2 de las siguientes fuentes: proliferación de gobiernos democráticos, de Monty Marshall y Benjamin Cole, *Global Report 2011: Conflict, Governance and State Fragility* (Vienna, Virginia: Center for Systemic Peace, 2011), p. 10; definición de sostenibilidad, de Global Footprint Network, *Ecological Footprint Atlas 2010* (Oakland, California: 2010), pp. 19, 20; hacer frente a la adaptación al cambio climático, de Peter Burnell, «Democracy, Democratization and Climate Change: Complex Relationships», *Democratization*, octubre de 2012, p. 828; desastres y democracia, de Alastair Smith y Alejandro Quiroz Flores, «Disaster Politics: Why Earthquakes Rock Democracies Less», *Foreign Affairs*, 15 de julio de 2010; cita de Burnell, op. cit. en esta nota, p. 833; citas de Orr y Weaver, de David Orr, «Gobernanza en la emergencia de larga duración» en Worldwatch Institute, *La situación del mundo 2013: ¿es aún posible lograr la sostenibilidad* (Barcelona, icaria, 2013) pp. 425-26. Matt Leighninger, «Mapping Deliberative Civic Engagement», en Tina Nabatchi et al., *Democracy in Motion: Evaluating the Practice and Impact of Deliberative Civic Engagement* (Oxford: Oxford University Press, 2012); pp. 20, 28, 29 y 31; expansión de regímenes democráticos, de Marshall y Cole, op. cit. en esta nota; véanse ejemplos históricos de compromiso cívico deliberativo en, por ejemplo, Thomas Prugh, Robert Costanza y Herman Daly, *The Local Politics of Global Sustainability* (Washington, DC: Island Press, 2000), Capítulo 6; Lauren Collingwood y Justin Reedy, «Listening and Responding to Criticisms of Deliberative Civic Engagement», en Nabatchi et al., op. cit. en esta nota, pp. 256–57.

5. Herman E. Daly y John B. Cobb, Jr., *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment and a Sustainable Future* (Boston: Beacon Press, 1989), p. 400. [Versión en castellano: *Para el bien común: reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible* (Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, S.L., 1993)].

Apéndice. La relevancia económica y política del enfoque de los bienes comunes

1. Agradezco especialmente los comentarios de Manuel Delgado, de la Universidad de Sevilla, y Jose Luis Fernández Casadevante, Cooperativa Garúa, compañeros de viaje en Comunaria. Este artículo ha sido enviado para su publicación a la revista *Kultur*, de antropología crítica.

2. Ver números especiales en *Ecología Política*, n.45 y *Documentación Social*, n. 165.

3. Destacaría como referencia la tradición de Karl Polanyi y su libro *El Sustento del Hombre*, que se encuentra detrás de los trabajos de Jose Luis Coraggio, ver el trabajo colectivo, *¿Qué es lo económico? Materiales para un debate necesario contra el fatalismo* (Buenos Aires, Ediciones CICCUS, 2009). Sobre La Era del consumo, ver el trabajo de Luis Enrique Alonso, *Prácticas económicas y economía de las prácticas. Crítica del postmodernismo liberal* (Madrid, Los libros de la Catarata, 2009). Para una crítica desde la Economía Feminista, ver el texto de Carrasco, Borderías y Torns, *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (Madrid, Los libros de la Catarata, 2011).

4. Véase el trabajo de Charlotte Hess titulado *Mapping the new commons* (2008): (disponible en <http://ssrn.com/abstract=1356835>).

5. Ángel Calle Collado, *La transición inaplazable. Los nuevos sujetos políticos para salir de la crisis* (Barcelona, Icaria 2013).

6. James Boyle, *El segundo movimiento de cercamiento y la construcción del dominio público* (2003) [disponible en http://www.elastico.net/copyfight/upload/el_segundo_movimiento_de_cercamiento.pdf].

7. Ricoveri, Giovanna, *Bens Comuns versus Mercadorias* (Rio de Janeiro, Multifoco, 2012); Ricardo Petrella, «Los bienes comunes, patrimonio de la Humanidad» (Agenda Latinoamericana, 2009) [disponible en Internet, <http://www.servicioskoinonia.org/agenda/archivo/obra.php?ncodigo=653>].

8. El capitalismo como «relación social» y como pergeñador de «nuevas relaciones», en planos personales y colectivos que apuntan a un sostenimiento de las condiciones de desposesión, explotación, consumismo y redistribución favorable a las élites, se encuentra analizado desde los inicios en los trabajos de Marx. Sucesivos análisis como los textos de Polanyi y Coraggio sobre economía crítica de bases marxistas, y más recientemente, desde la Economía Feminista (autoras como Orozco, Carrasco, Graham-Gibson) o desde la Economía Política con perspectiva feminista (Federicci y su texto *El Calibán y la Bruja*), son una referencia para pensar los cercamientos más allá de lo material y adentrarse en lo simbólico y los lazos de sociabilidad. Como mirada desde otras economías no capitalistas, ver el trabajo de José Núñez del Prado, *Economías indígenas: estados del arte desde Bolivia y la economía política* (Bolivia, CIDES-UMSA, 2009).

9. Núñez del Prado, José (2009): op.cit.

10. Igo Sádaba, Mario Domínguez, Jaron Rowan y Rubén Martínez, *La tragedia del copyright. Bien común, propiedad intelectual y crisis de la industria cultural* (Barcelona, Virus, 2013).

11. Ángel Calle Collado, «El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global», *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.120, 2007; Ángel Calle Collado, «Democracia en movimiento», *Relaciones Internacionales*, n. 12, octubre 2009, [Disponible en www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artcalle12.pdf]; Ángel Calle Collado, *La transición inaplazable. Los nuevos sujetos políticos para salir de la crisis* (Barcelona, Icaria, 2013).

12. José Manuel, Naredo: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico* (México-Madrid, Siglo XXI, 1996, reedición actualizada 2009), p. 57.

13. Federico Aguilera Klink: «Hardin, Ostrom y los recursos de propiedad común: un desencuentro inevitable y necesario» en *Revista Documentación Social*, n. 165, pp. 49-66, 2012.
14. Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo global* (Madrid, Siglo XXI, 2002).
15. Yayo Herrero, Fernando Cembranos y Marta Pascual, *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad* (Libros en Acción, Madrid, 2011).
16. Daniel Tanuro, El imposible capitalismo verde. *Del vuelco climático capitalista a la alternativa socialista* (Torrejón de Ardoz, Viento Sur y La Oveja Roja, 2011).
17. Richard Sennett, *Juntos. Rituales, placeres y políticas de cooperación* (Barcelona, Anagrama, 2013).
18. Sandra Ezquerro, «Economic Crisis and the New Enclosure of the Reproductive Commons in Spain», *Monthly Review*, Vol. 65, Issue 11, abril 2014; Juan Torres y Lina Gálvez, *Desiguales: mujeres y hombres ante la crisis financiera* (Barcelona, Icaria, 2010).
19. Silvia Federicci, *El Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva* (Madrid, Traficantes de Sueños, 2010).
20. Rubén Martínez, «La ilusión de los bienes comunes. Cierta, pero...» en blog del autor, *Ley Seca*, 2013 [http://leyseca.net/la-ilusion-de-los-bienes-comunes-cierto-pero/].
21. Sádaba y otros, 2013: op.cit.
22. José Candón Mena, *Toma la calle, toma las redes: El movimiento 15M en Internet* (Sevilla, Editorial Atrapasueños 2013); Ángel Calle Collado, 2013: op.cit.
23. Óscar Carpintero, *El metabolismo de la economía española: Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)* (Lanzarote, Fundación César Manrique, 2005).
24. Juan José Castillo, *La soledad del trabajador globalizado* (Madrid, Los libros de la Catarata, 2008), p. 35.
25. Joan Subirats, *Otra Sociedad. ¿Otra política? De «no nos representan» a la democracia de lo común* (Barcelona, Icaria, 2012); Joan Subirats, «Bienes comunes y contemporaneidad. Releyendo a Polanyi», *Ecología política*, n. 45, 2013.
26. Luis González Reyes, «Sostenibilidad y bienes comunes», *El Ecologista*, n. 78, 2013.
27. Ángel Calle Collado, 2013: op. cit.
28. José Luis Coraggio, *Economía Social y Solidaria: El trabajo antes que el capital* (Quito, Abya Yala / FLACSO / Fundación Rosa Luxemburg, 2011).
29. Graham Gibson, *Una política poscapitalista* (Bogotá, Siglo del hombre editores, 2011).
30. Jorge Riechmann, *¡Peligro! Hombres trabajando* (Madrid, Los libros de la Catarata, 2013).
31. Ángel Calle Collado, 2013: op.cit.
32. Luis González, 2013: op.cit., p. 51.